

Sarajevo

Alfonso Armada

«Poeta, periodista y hombre de teatro, el lenguaje de Alfonso Armada alcanza su más alto nivel de precisión e incandescencia cuando escribe desde el corazón en una zona de conflicto.»

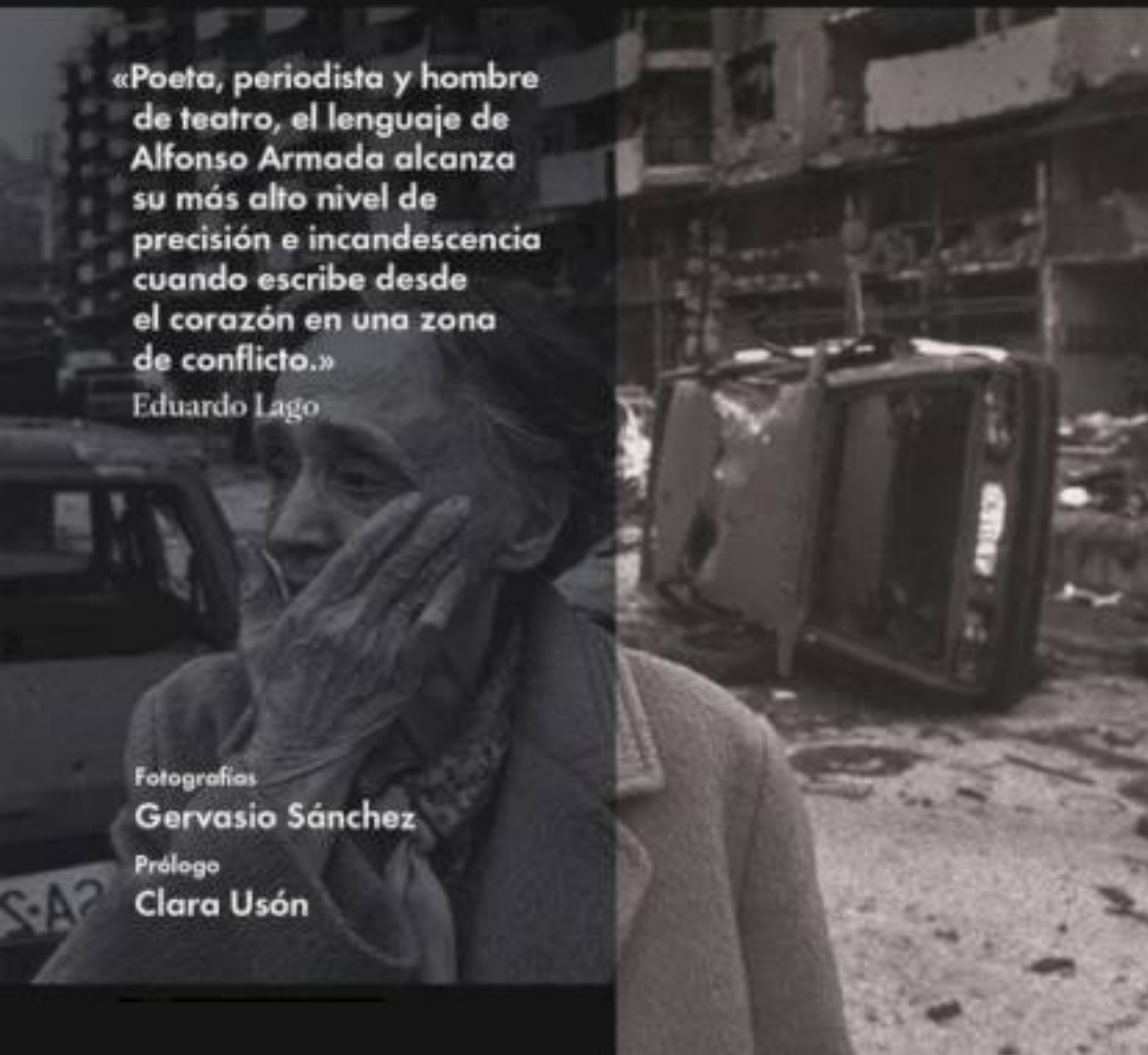
Eduardo Lago

Fotografías

Gervasio Sánchez

Prólogo

Clara Usón



Sarajevo

Diarios de la guerra
de Bosnia

Alfonso Armada

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

A Corina

Contra el olvido

Clara Usón

«Contar y andar es la función del periodista», escribió Manuel Chaves Nogales, el gran periodista y escritor andaluz que se consideraba a sí mismo un *reporter*. Alfonso Armada pertenece a esa estirpe de periodistas andariegos que van en busca de la noticia, que no aspiran a sentar cátedra ni a erigirse en jueces de la actualidad (aquéllos que Baroja llamaba «periodistas de mesa», los opinadores profesionales que tanto abundan en nuestros medios), sino que se contentan con dar testimonio y, más allá de ello, tratan de «escribir algo que valga la pena recordar, que explique qué es la guerra [...] esta guerra en la antigua Yugoslavia y, sobre todo, esta guerra de Bosnia-Herzegovina», como escribe Armada en estas páginas.

Diarios de la guerra de Bosnia se inician el 14 de agosto de 1992 en Madrid, donde ha aterrizado Alfonso Armada procedente de Nueva York, la ciudad más *cool* del planeta, de camino a un destino muy diferente: la guerra. Constan de tres cuadernos (escritos en 1992 y 1993) y dos epílogos (uno escrito en Dayton, Estados Unidos, quince años después, y otro veinte años más tarde, cuando regresa a Sarajevo y visita por primera vez Srebrenica). Los cuadernos recogen las crónicas periodísticas publicadas en el diario *El País*: la primera el 19 de agosto de 1992, la última el 26 de julio de 1993. En ellas cubre la guerra de Bosnia durante ese período y, entreveradas con las crónicas, acompañándolas, los apuntes de su diario personal, lo que a mi juicio constituye un gran acierto.

En la Antigüedad, era el dios Hermes quien ejercía de portador de noticias, de mensajero. Dados sus poderes sobrenaturales, Hermes debía ser un reportero muy eficaz, estaba en todas partes, transmitía las nuevas al instante y no había que temer por su salud o su suerte, puesto que era inmortal, pero tenía un inconveniente: sólo comunicaba su información a otras divinidades, rara vez condescendía a iluminar a los pobres mortales.

En el comienzo de *Diario del año de la peste*, una novela que parece una crónica, Daniel Defoe escribe: «En aquella época no teníamos periódicos impresos para difundir rumores y noticias y que las embelleciesen por obra de la imaginación de los hombres, como luego he visto que se hacía». Alfonso Armada, el autor de estos *Diarios de la guerra de Bosnia* —una crónica que se

lee como una novela—, es uno de esos periodistas de los que, medio en broma, medio en serio, se mofaba Defoe; al igual que Hermes, o casi como Hermes, gracias a los medios modernos de comunicación, puede dar cuenta al instante de los hechos que ha presenciado, pero a diferencia de Hermes no tiene ninguna garantía de salir indemne, corre un riesgo cierto: 19 periodistas fueron asesinados en el curso de la guerra de Bosnia, entre ellos un español, el fotógrafo del diario *Avui* Jordi Pujol Puente, quien murió en 1992 en Sarajevo, la ciudad sitiada, gran protagonista de estos *Diarios*.

Los lectores de periódicos abordamos con idéntica ecuanimidad y desapego un artículo sobre la última cumbre internacional o un consejo de ministros y la crónica del campo de batalla. «Sarajevo vive desde hace una semana la peor ofensiva desde el pasado verano. Entre 1.000 y 1.500 proyectiles caen sobre la aterrada capital bosnia desde las colinas controladas por las fuerzas serbias que desde hace ya ocho meses sitian la ciudad a orillas del Miljacka», leemos en el diario *El País* del 10 de diciembre de 1992, y no somos conscientes, o no pensamos, que esas mil bombas, morteros y granadas, caen no sólo sobre los desdichados ciudadanos asediados, sino también sobre el periodista español que firma la crónica, Alfonso Armada; da la impresión de que el reportaje se escribe solo, o de que es Hermes, ubicuo e invulnerable, quien nos da cuenta de los bombardeos. Sin embargo, hay un hombre detrás de esas líneas, alguien que ha decidido unir su suerte a la de las víctimas para dar testimonio de sus sufrimientos, para contárnoslos. Pero las reglas del juego le obligan a ser objetivo, a esconderse detrás de los datos. No le está permitido comunicarnos su miedo, sus emociones, su experiencia subjetiva de esa situación extrema, la guerra, y por eso son tan valiosas estas entradas del diario personal del escritor que acompañan a las crónicas publicadas. Dan mayor hondura al texto, una profundidad humana.

Como Hermes, Armada es ubicuo: las páginas de estos *Diarios* están fechadas en Zagreb, Slavonski Brod, Split, Karlovac, Banja Luka, Kiseljak, Sarajevo, Zenica y tantos otros lugares. El reportero parece materializarse como por ensalmo allí donde está la noticia; el hombre Alfonso Armada viaja por un país en guerra, es arrestado por *chetniks* armados hasta los dientes en un *check point*... Con su inseparable compañero de aventuras, el fotógrafo Gervasio Sánchez (cuyas impresionantes fotografías ilustran este volumen y quien en una ocasión dice a nuestro atribulado autor: «No se puede venir a la guerra enamorado»), sufre el robo de su vehículo y del equipo fotográfico; escribe a la luz de una vela en la ciudad a oscuras; pasa frío y miedo en un hotel, el Holiday Inn, que se mece al ritmo de las bombas; discute con la administración de su periódico en Madrid el precio de una transmisión; una noche de luna llena, en el valle del Lasva, corre a lo largo de un sendero hacia el lugar don-

de está ubicado el teléfono vía satélite de la BBC, corre con motivo, alguien (¿quién?) acaso le está disparando ráfagas con un fusil automático en esa noche iluminada por una luna tan «hermosa». Cuando llega a su destino se encuentra con que el teléfono no funciona, no consigue transmitir, y vuelve a jugarse la vida en el camino de regreso... «Ser periodista —reflexiona— es a veces como vestirse de diana».

«¿Y para qué?», se pregunta sin cesar Alfonso Armada. «¿Cuánto tiempo venías a pasar aquí, cuánto estabas dispuesto a pasar, cuánto vas a estar? Silencio. Casi no hay disparos, casi se extraña la certeza que producen las explosiones. ¿Dónde estamos, a qué hemos venido aquí?», escribe la noche del 3 de septiembre de 1992. «El miedo de no saber que debo tener miedo, como me decía Niyat la otra noche en el refugio del café del Lago: Por favor te lo pido, ten miedo. Es la forma de que te cuides, de que no bajas la guardia. Por favor, ten miedo». «¿Cómo se puede resistir aquí? Yo me salvo porque escribo, ¿pero puedo acaso decir que ésta no es mi guerra? Yo soy un cobarde, y además no sé llorar. Por eso escribo como un condenado a muerte y sólo quiero salir de aquí». «¿Qué sentido tiene estar jugándose la vida aquí si después tu periódico no tiene tiempo para ti, o considera que la vida cotidiana de la ciudad sitiada puede esperar?» Las dudas, la incertidumbre, una injustificada sensación de culpa, azusan a Alfonso, el hombre, mientras Armada, el reportero, da cuenta de lo que ve «como si me fuera la vida en ello».

Y lo que ve es atroz y también admirable, conmovedor. Indaga más allá «de los supuestos hechos que las agencias de noticias relacionan» y se dedica a «llamar a las puertas, preguntar a la gente», y así sabemos de Verica, una voluntaria croata de la Cruz Roja de Travnik, cuyo marido es serbio, quien teme más por sus hijos, una niña de cinco años y un bebé de dieciséis meses, que por ella misma. «Nadie se siente seguro —afirma Verica—: los serbios tienen miedo de los croatas, los croatas de los serbios, los musulmanes de los croatas y los serbios. Creo que sólo podré vivir a salvo en el extranjero. En este país, mi propio marido puede verse obligado a disparar contra mí». Este testimonio espeluznante vale ciertamente más que cinco folios cargados de datos y movimientos de tropas, el drama de la guerra de Bosnia no podría expresarse mejor y Alfonso Armada, el reportero, estaba allí para transcribir esas palabras y divulgarlas.

También nos habla del comandante bosnio Puska, que se imagina una Bosnia futura sin ejército; de Emir, un joven que estaba a punto de casarse cuando estalló la guerra y que acuna su arma entre sus manos y dice: «Yo no creo en nada, sólo creo en mi fusil. Mi arma es mi Dios. Yo nunca pensé que iba a tener que matar para no morir. Y eso hace que mi parte animal crezca y que mi parte humana se haga más pequeña»; de Edo, el guardián de las cenizas,

un niño vivaracho que ejerce de guía ocasional de las ruinas del gran edificio austrohúngaro sede de la Biblioteca Nacional de Bosnia-Herzegovina, que el ejército serbobosnio redujo a cenizas, como si destruyendo el legado cultural musulmán se borrara el pasado; de los integrantes del Teatro de Guerra de Sarajevo, empeñados en representar una obra en la ciudad sitiada, sabedores de que los espectadores tendrán que arriesgar la vida para acudir a la representación y seguirán exponiéndose a perderla, junto con los actores, mientras ésta se desarrolle. Consideran que «hacer teatro en estos momentos es una obligación moral, una necesidad vital. La gente está muriendo por los bombardeos, no tiene que comer. Dos actores han sufrido en su carne la violencia de los morteros y el técnico de luces ha muerto. ¿Cómo hacer una representación después de todo eso? Esto nos obliga a tomar una decisión frente al horror. Y nuestra decisión es hacer teatro».

Una noche, un viejo musulmán con el que habla de Elias Canetti, le pide a Alfonso Armada que no los olvide, que cuente al mundo lo que ocurre. Le confiesa que no puede entender cómo Europa puede consentir lo que ocurre con el pueblo bosnio, una extrañeza y una indignación que comparte con el escritor español Juan Goytisolo y con Susan Sontag, dos intelectuales de Occidente que han decidido conocer de primera mano la experiencia de los sitiados y acompañarlos, siquiera un rato, y a los que el reportero Armada entrevista en Sarajevo.

«Creo que la historia nos enseña continuamente, lo que pasa es que la gente no quiere escuchar», le dice Susan Sontag, quien sostiene que «el siglo XX empezó en Sarajevo y que el siglo XXI también comienza aquí», un aserto que en 1993 pudiera parecer peregrino pero que a la luz de los acontecimientos posteriores se revela certero: la guerra de Bosnia tuvo como motor o excusa los nacionalismos, las etnias, las religiones, al igual que los conflictos que proliferan en nuestro joven siglo.

Las investigaciones recientes de biólogos y antropólogos indican que el hombre no sólo desciende del mono, sino que se diferencia muy poco de los simios, pero si algo nos distingue de los animales (una distinción que en un escenario de guerra casi se borra) es la memoria. Estos *Diarios* de Alfonso Armada constituyen un testimonio impagable del último conflicto bélico de Bosnia. Están escritos con tanta verdad e inmediatez, con tanta habilidad, que al leerlos se tiene la impresión de estar allí, en Sarajevo, bajo las bombas, con los sitiados, y uno se indigna y emociona y conmueve y se pregunta, al igual que su autor, cómo podía Europa permitir que en una ciudad europea hubiera francotiradores «disparando sobre todo aquél —anciano, niño, mujer, soldado, civil— que se atreva a moverse por la calle», y que desde el abrigo de las colinas, un ejército europeo lanzara bombas sobre una ciudad sin capacidad

de defenderse, «sobre colas del pan, sobre gente que compra pacíficamente flores un domingo por la mañana». Europa parece haberlo olvidado o ha elegido olvidarlo, porque la mala conciencia es incómoda: en el año 2012 la Unión Europea aceptó, sin ningún escrúpulo y aplaudiéndose a sí misma, el premio Nobel de la Paz, por haber pasado de ser un continente de guerra a un continente de paz, tras la Segunda Guerra Mundial. ¿Y la guerra de Bosnia? ¿Y las 100.000 personas muertas durante el conflicto, la mayoría civiles, las 50.000 mujeres violadas, los millones de desplazados? ¿No cuentan? ¿Acaso Bosnia no es Europa? Contra el olvido, la memoria, por eso libros como esta extraordinaria crónica de Alfonso Armada son tan necesarios.

Clara Usón es novelista, autora de *La hija del Este*

Primer cuaderno

Madrid, viernes, 14 de agosto, 1992

Ni rastro de la agonía de los corredores que dan vueltas al lago de Central Park. ¿Pero dónde queda la noche de Nueva York? Llegué hace cinco días a mi escritorio barnizado por el polvo y no he querido tener tiempo de sentarme a escribir la distancia que va de una orilla del mar a otra. Los itinerarios, el mapa de Estados Unidos, todos los libros que espero, el que era y el que, desafortunadamente, sigo siendo. Tenía una carta espléndida esperándome como un puñetazo en la boca del estómago. Hay amigas certeras y esporádicas, de éstas que uno conoce para el deseo, que luego se revelan como unas púgiles despiadadas. La verdad me deja desnudo ante el espejo de mi cuarto, blindado de cuadernos y de libros, de la contaminación del mundo exterior. ¿Hasta cuándo? En Yugoslavia la realidad se cobra cada día su cuota de sangre. Allí voy con mi pequeño destino a cuestas. Entonces sí sabré lo que es el miedo. Con I. me crucé inadvertidamente en Barajas, en los caminos paralelos que los aeropuertos trazan entre las vidas. ¿Es amor? Ojalá fuera algo real, no tantas cartas, tantas trincheras de tinta china como se pueden encontrar en este mismo cuarto aparentemente a salvo del sol y de los francotiradores.

Zagreb, domingo, 16 de agosto

Aparentemente a salvo. Mi pasaje es de ida y vuelta. Pero también eso no es más que pura apariencia: depende de que mi cuerpo vuelva. Aún no estoy lo suficientemente endurecido, y me creo afortunado por ello. He traído conmigo mis ojos de ver y mis oídos de escuchar. He traído conmigo muy pocos recuerdos, es cierto, aunque la memoria ocupa por sí sola varios tendederos de ropa, varios taxis antiguos, varios comedores en penumbra, varias tinajas de agua con añil. ¿Es la guerra aquí? Todavía no, no en Zagreb, donde el domingo es como cualquier otro domingo en otra parte. Pero vi rostros llenos de desconfianza en el aeropuerto de Fráncfort, y aviones militares de carga en el aeropuerto de Zagreb. No he visto mucho para contar, para contarlos como si me fuera la vida en ello.

Slavonski Brod, martes, 18 de agosto

Desde la mañana en la pensión Kangoroo, en las afueras de Slavonski Brod, se oye el estruendo de las bombas que caen sobre el centro del pueblo. En plena noche, mientras intentaba conciliar el sueño contra una cortina de grillos, se escuchaba el esporádico estallido de alguna bomba. Una mujer limpia la ventana de su casa mientras suena la sirena que advierte de una próxima incursión aérea. La música de la radio de la pensión Kangoroo se interrumpe para dar paso al último parte de guerra de Slavonski Brod. Las descargas son ahora más nítidas y contundentes. La visita a los lugares más afectados por las bombas, en el centro de Slavonski Brod. Aquí la guerra es especialmente cruel y absurda. Los aviones acaban de dejar un regalo envenenado a dos kilómetros. Las columnas de humo denso suben desde el centro, pero parece más polvo que humo. Pronto se disuelve. Así ocurre con frecuencia en los objetivos civiles. Toda una ciudad convertida en objetivo militar, sin defensas y sin mucha capacidad de réplica. Todo es especialmente extraño. Esta mañana asistimos a la partida de cien niños con dirección a España. Madres, padres, milicianos afeitándose en la calle, algunas lágrimas más o menos furtivas. Pero la mayoría parecía feliz de alejarse de aquí: los padres, de que los niños fueran puestos a salvo; los niños, de dejar de escuchar día tras día —llevan así dos meses— el estruendo de las bombas. Mientras, en Zagreb, a casi 200 kilómetros, nada indica que haya guerra. La vida sigue plácida, olvidada de lugares como este Slavonski Brod, donde no se combate, sólo se recibe pasivamente la lluvia de bombas que llega desde la otra orilla del río Sava.

Un buen día para la guerra en Slavonski Brod

La noche es espléndida en Slavonski Brod. Una luna casi llena sobre la ciudad dormida. Han callado los cañones, pero calles y casas están a oscuras. Mejor no ofrecer blancos fáciles a la artillería enemiga. Por eso escribo a la luz de una vela. Los clientes beben en una barra a oscuras. El martes fue una jornada especialmente movida, con más de 250 proyectiles que cayeron sobre la ciudad matando a siete personas e hiriendo a 25. Lo fue también el lunes, cuando el bombardeo empezó a las cuatro de la ma-

drugada. Por la tarde, cuando llegó una comitiva de la Comunidad Europea, el sonido de las bombas se escuchaba limpiamente.

Slavonski Brod no se defiende. Soporta estoicamente el bombardeo de las fuerzas serbias emboscadas en las colinas que rodean la otra orilla del río Sava, allí donde Slavonski Brod se llama Bosanski Brod. Jozo Meter, el alcalde, un hombre bien parecido, de ojos claros, sí habla: «¿Cuándo van a hacer algo las potencias contra esos fascistas que disparan desde el otro

lado?»). Meter es un edil muy popular en Slavonski Brod. Se hizo con la alcaldía contando con el 80% de respaldo ciudadano. El lunes recibió a los enviados de la Comunidad Europea que habían llegado a Slavonski Brod, una ciudad situada a 200 kilómetros al este de Zagreb, para recoger a 100 niños y llevárselos a pasar como mínimo 30 días lejos de aquí. En la comitiva comunitaria viajaba un senador belga, Philippe Mahoux, quien anunció que había llegado a un acuerdo con el alcalde de la ciudad para proceder el próximo sábado a la evacuación hacia Bélgica de otros 80 niños de Slavonski Brod.

«Los serbios no parecen seguir ningún sistema. Bombardean a cualquier hora, sin ninguna secuencia, sin ningún aviso previo». Quien así habla es un militar holandés, enlace comunitario que lleva una semana viviendo en Slavonski Brod y que prefiere mantener su identidad en la sombra. «Parece como si lo único que pretendieran es hacer el mayor daño posible. Disparan sus cañones de improviso, cuando los ciudadanos están apenas terminando de barrer los cristales rotos por el último ataque, cuando la gente se ha confiado y ha vuelto a la calle. Es lo peor de esta guerra, que no parece seguir objetivos militares. Hay una crueldad pura, despiadada».

El puente que une los dos Brod (Slavonski y Bosanski, ambos croatas), también ha sufrido ataques de la aviación serbia. «Algunos aseguran

que los aviones no eran serbios, aunque los pilotos hablaban una lengua eslava —dice un militar belga, miembro también de la misión comunitaria—. Pero no parecían muy interesados en reducirlo a escombros, sólo en amedrentar. A fin de cuentas, el puente es el mejor camino para evacuar a los bosnios y a los croatas que los serbios quieren empujar al otro lado del río». Slavonski Brod es, tras el alto el fuego logrado en Dubrovnik, el único punto de Croacia en el que sigue habiendo guerra, aunque no se combate. La ciudad no tiene tropas y no puede responder con fuego al fuego que llega desde el otro lado del río.

El viernes murió una chica de 18 años que había vuelto a Slavonski Brod para asistir al entierro de su madre, también muerta por una bomba. Hace una semana dos personas murieron alcanzadas en su propia casa. En medio de la dulce temperatura de agosto las bombas sobre Slavonski Brod tienen una carga aún más irreal. Pero matan.

La población intenta vivir como si la guerra no existiera, pero de las 16.000 personas que trabajaban en la fábrica de maquinaria sólo 500 siguen acudiendo a diario. Muchos han huido a zonas más seguras. Otros no tienen a donde ir o no quieren irse.

Los fines de semana la ciudad se vuelve un lugar fantasmal, con las familias refugiadas en las colinas de este lado del río. Pero ni siquiera en-

tonces hay un avance de las tropas serbias emboscadas. Siguen allí, a salvo en la espesura, enviando sus letales mensajes con una paciencia infinita.

Desde Zagreb, el camino más corto hasta Slavonski Brod es por la autopista que unía la capital de Croacia con Belgrado. Hay un tramo más allá de Slavonski Brod que nunca se terminó como tal autopista y no parece que ni serbios ni croatas vayan a poner mucho empeño en terminarla. Cuando la guerra acabe.

Era la autopista a Europa, la que los turistas alemanes seguían para llegar a Zagreb, para bajar al mar Adriático y mojarse los pies. Ahora es un espejismo, la autopista más solitaria del mundo, con policías croatas apostados a la entrada y a la salida y destacamentos de soldados con el casco azul, arrancados de su medio y depositados en el corazón de la Krajina croata para vigilar que nadie se aventure: el primer control es de jordanos, el segundo de canadienses, el tercero de nepalíes. Son los nuevos

encargados del peaje. Soldados de Naciones Unidas vigilando la tierra quemada que la guerra ha dejado a su paso.

A ambos lados, esqueletos de edificios, gasolineras convertidas en coladores. Las fuerzas de Naciones Unidas han cubierto parte de los cráteres que las bombas habían dibujado en el asfalto, pero el conductor italiano de la furgoneta comunitaria tiene que andar ojo avizor para no caer en los que quedan.

Hasta los pájaros parecen no saber a qué atenerse aquí. Acostumbrados a volar libremente sobre los cuatro carriles, desafían al blanco convoy de la Comunidad Europea y se estrellan contra el parabrisas. Los puestos de peaje han sido perforados por una infantería especialmente manirrota, y los rótulos a la orilla del camino contribuyen con su propia dosis de absurdo: 320 kilómetros a Sarajevo, Market Exclusive, Belgrado. Una verdadera autopista a ninguna parte, salvo a Slavonski Brod.

Zagreb, jueves, 20 de agosto

He vuelto a perderme en medio de los acontecimientos de la vida. Aquí, en la capital de un país reciente, en un hotel austrohúngaro, me pregunto hasta por los motivos de ser periodista: esta tensión y premura de cada día por contar algo que no sea evidente a los ojos de los otros. Y contarlo pronto, y que en Madrid sea bien recibido, publicado, leído por lectores a los que nunca voy a conocer y que emitirán su juicio como quien corta el pan con una daga. Estoy mucho más perdido aquí que en Nueva York, a pesar de tener que resumir la

existencia en 30, 60, 90, 120 líneas. O tal vez por eso, precisamente por eso. Una bomba que cae a doscientos metros puede caer a doscientos milímetros. Lo importante es contar luego las impresiones del combate como si el corazón latiera a las mismas revoluciones que las ametralladoras, o como si la piel que soporta la fiera del sol fuera la piel de un refugiado bosnio en el palacio de deportes de Karlovac. Hay aquí una ambición legítima y otra ilegítima, deseo de internarse en la línea del frente, indagar sobre la profundidad de las trincheras y la bestialidad de los combatientes. Ni soy un soldado ni sé lo que soy. Persigo sombras como una mosca hambrienta de carne y mierda humana. Esto era Yugoslavia. Yo no sé quién soy. Perdido en Zagreb duermo en medio de un aliento azul, turbio, como si esperara algo en mitad del día. Tal vez no supe verlo en mitad de la noche a escasos metros del frente, en Slavonki Brod, mientras sonaban cañonazos sordos, la luna bailaba sobre los penachos del maíz y una vaca gemía quedamente en la habitación contigua.

Alemania, El Dorado de los bosnios

Una densa humareda coronaba el horizonte a las afueras de Karlovac, una ciudad croata a 40 kilómetros de la capital, Zagreb, y a sólo tres de la línea del frente. El mando del ejército croata en la ciudad, que todavía exhibe sacos terreros a la entrada de los edificios oficiales, impactos de todos los calibres en las fachadas y cristales rotos, denunció el miércoles violaciones del alto el fuego por parte de la milicia serbia. En Karlovac, 900 refugiados bosnios arrancados de su tierra natal, como Cvitkusic Andjia o Custic Mehmed, esperan que alguien los lleve a Alemania para emprender una nueva vida. Según declaró Mate Granic, viceprimer ministro croata, en Croacia hay 700.000 refugiados procedentes de Bosnia-Herzegovina. Treinta y ocho grados a la sombra. Ni una nube en el cielo de

Karlovac. El palacio de los deportes todavía exhibe en el muro del aparcamiento un gran rótulo en letras azules: *Universiada 87*. En el suelo, sobre una hilera de colchonetas sucias de gomaespuma y mantas deshinchadas, varias familias ocupan los pasillos, buena parte de las gradas y el parque donde se jugaba al baloncesto.

De la mezquita y del pueblo bosnio de Kozarac ya no queda casi nada, sólo las casas de los serbios. «Todo ha quedado destruido. No espero volver nunca a mi hogar mientras haya serbios viviendo allí. Prefiero irme a Alemania». Custic Mehmed, de 62 años, leñador y carpintero, lo perdió todo. Su mujer murió en la guerra. Y cree que sus tres hijos están ahora en un campo de concentración.

La mayoría de los refugiados huyó con lo puesto. Ahora reciben un plato de comida al día, aunque algunas mujeres se quejan de que llevan tres semanas comiendo frío y cuatro con sólo pan y leche con cacao. Cifran todas sus esperanzas en un país europeo, y Alemania está en los sueños de casi todos.

En teoría, no tienen permiso para abandonar el local, pero los jóvenes se mezclan con los milicianos que ocupan el cercano hotel Korana, un edificio estilo *desarrollo socialista y solidaridad entre los pueblos*, con impactos a modo de condecoraciones en la fachada, y con habitantes de Karlovac que se refrescan del calor de agosto en las aguas del río Korana.

Dos prisioneros de guerra serbios, con las letras RZ cosidas a la espalda, barren la entrada del hotel Korana. Los bosnios, a escasos 100 metros de donde barren los prisioneros, no muestran más que resignación.

Adim tiene 13 años, un bigote incipiente y los ojos claros. Es de Bosanski Novi y sólo quiere que lo lleven a otro país donde haya agua y comida. Cuando se le pregunta qué siente por los serbios, sólo dice, con voz casi inaudible: «Mataron a mis abuelos en la guerra». Otra mujer, rubia, de ojos azules, no puede contener la rabia. «A mi marido lo mataron por defender a su país. No quiero vi-

vir allí —asegura señalando vagamente un lugar al sur—. Quiero un país como Alemania, donde haya agua y comida».

Cvitkusic Andja, de 39 años, tiene dos hijos en el palacio de los deportes de Karlovac, y otro de 21 años luchando con su padre en Bosnia. «Durante 15 años estuvimos trabajando en Alemania. Cuando volvimos a nuestro pueblo en Bosnia, Bosanska Posavina, empezó la guerra. Nos robaron todo e incendiaron la casa».

Otra mujer, morena, de ojos vivos, asegura que en la mañana del martes la policía militar croata se llevó a 17 jóvenes. «Movilizados. Eso es lo que dijeron. Ni siquiera les dejaron decidir. Se los llevaron camino de Split para volver al frente. Y esta mañana se llevaron a 400 mujeres a Gasinc [a cinco horas de Zagreb], a un campo de tiendas de campaña. Nosotros no queremos ir allí, preferimos esperar en Karlovac para irnos a Alemania, o a Holanda».

Mientras tanto, en Zagreb la guerra parece algo muy lejano. Hay algunos refugiados bosnios alojados en la ciudad, pero su sombra queda desdibujada por el bullicio urbano. No hay impactos de bala ni sacos terreros. Ahora, 200 obreros se afanan en Ilica, una de las calles principales de la ciudad, tendiendo una nueva vía para el tranvía. Por la noche, los jóvenes abarrotan discotecas como Saloon.